

El motor poético de Verástegui

Por Ricardo González Vigil

Con ansiedad creciente estamos esperando, desde hace más de un año, la publicación del colosal poemario (colosal por sus dimensiones desusadas y por su vuelo creador) *Angelus Novus* que debe consagrar a Enrique Verástegui (Lima 1950) como uno de los grandes poetas vivos del idioma, de cualquier idioma.

Y he aquí que, antes de que se produzca dicho acontecimiento, ha aparecido otro libro de Verástegui bajo el tenaz sello tacneño que animan Segundo Cancino, Guido Fernández de Córdova y Alberto Páucar: *El motor del deseo* subtítulo *Dialéctica y trabajo poético* (Tacna, Eds. Mojinete, 1987; 178 pp.).

Constituye un volumen de reflexión estética escrito en París en 1979, es decir después de la composición de *Praxis: asalto y destrucción del infierno* (recien editado en 1982, más de dos lustros después de redactado), *En los extramuros del mundo* (1971 poemario que precozmente reveló a Verástegui como voz mayor de la llamada "Generación del 70") y *Monte de goce* (libro al parecer extraviado en la imprenta que debió lanzarlo a mediados de los años 70, algunas de sus páginas salieron en revistas), y cuando Verástegui ya se había adentrado en el horizonte de *Angelus Novus*.

Pocas veces los poetas peruanos han emprendido la confección de un volumen que exponga, de manera orgánica y suficientemente desarrollada, su óptica estética. Más frecuente resulta que en textos breves y autónomos entre sí difundan sus sondeos estéticos (un caso relevante: los *Motivos* de José María Eguren) o que vibre implícita su perspectiva estética al enfocar con detenimiento un tema literario (recordemos *Apologético en favor de don Luis de Góngora* del Lunarejo, *Ortometría* de Manuel González Prada y *De lo barroco en el Perú* de Martín Adán).

Sólo conocemos dos casos anteriores al de Verástegui: *El arte y la revolución* de César Vallejo y *Teoría del poema* de Alberto Hidalgo. Vallejo adelanta la adopción del marxismo, del materialismo dialéctico e histórico, para desentrañar los nexos entre la actividad artística y la praxis revolucionaria; centrándose en la escritura poética, Verás-

tegui postula una teoría marxista de la literatura que subraya el carácter liberador de los textos que quiebran el "código literario", las "normas académicas", operando una "revolución en el terreno de las superestructuras" (pp.9-10 y 109).

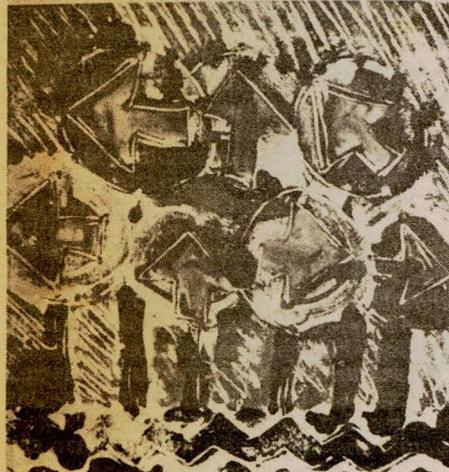
Como en los casos de Vallejo e Hidalgo (También los afines de Lezama Lima y Octavio Paz), *El motor del deseo* posee la textura del ensayo, y no del tratado sistemático, sesudamente teórico, perteneciente a los predios de la Teoría Literaria o la Estética filosófica.

Además *El motor del deseo* reclama la activa participación del lector para descubrir los "vasos comunicantes" entre las citas que ofrece (parecen epígrafes) y el asunto propuesto a reflexión. Este procedimiento (bastante más exigente para el lector que las citas ilustrativas de los textos teóricos de Ezra Pound), unido a recursos que tipifican a los Manifiestos de un movimiento literario (Verástegui militó en el Movimiento Hora Zero, tan fecundo en pronunciamientos y convocatorias) y a instantes en que se pasa de la prosa al verso, del tono discursivo al flujo poético, confiere una textura peculiar a *El motor del deseo*, diversas de todos los textos críticos que hemos citado arriba.

Vemos en ello la aplicación consecuente del principio marxista de ligar la teoría con la práctica. Verástegui afirma: "Una teoría materialista de la literatura debe reconocer el camino de su propia lucha por fundarse (por hacerse explícita, por hacerse manifiesta) pero no podrá hacerlo sino partiendo de la propia escritura materialista" (p.10). Sostiene la primacía de la praxis sobre la teoría: "La teoría no es sino un momento y sólo un momento en el desarrollo de la práctica (...). La teoría, pues, es siempre un momento de la práctica, y en tanto que momento la teoría no es sino una autocritica de la práctica que de este modo es siempre una crítica de la teoría.- La teoría no existe sino para ser negada por la práctica, en tanto que la práctica no puede ser sino afirmada por la teoría" (p.104).

Verástegui no se refiere a la Teoría Literaria de universidades e institutos especializados, sino a la Teoría que brota dentro de (o en función de) los

Enrique Verástegui
El motor del deseo
Dialéctica y trabajo poético



Textos, porque ésta (y no aquella) es la que nutre el dinamismo histórico de la literatura, los rumbos que seguirá la escritura poética.

Así como lo teórico anida en los poemas de Verástegui, lo poético se desata en varios pasajes de *El motor del deseo*: la teoría fusionada con la Praxis, rompiendo las usuales fronteras entre el ensayo y el poema. Resulta liberador que esas fronteras se quiebren, porque la separación de los "géneros literarios" obedece a "la división del trabajo capitalista" (p.71).

Verástegui, con brillantez, expone su visión totalizadora del Poema, reformulando de modo más hondo la propuesta horazerista del Poema Integral. Y al hacerlo responde con anticipación (en 1979) a las estocadas con que pretendieron herirlo algunos comentaristas cuando se publicó *Praxis: asalto y destrucción del infierno*:

"el poema es más que una totalidad: una complejidad de interrelaciones, una multiplicidad, una expresión concreta de la diversidad y, en sí mismo, aunque producido desde un punto de vista, una expresión atómica del mundo-atómica, en el sentido lucreciano.- En el poema no puede haber, pues, "principio de equilibrio", "económico lenguaje", "armonioso acento" y, en suma ¡"pulcritud"! (que son, más o menos, las categorías empleadas por la burguesía a la hora en que reproducen su código académico)... En todo poema late una desmesura, un exceso, un torrente de vitalidad (...) en el poema, como en la canasta de la mujer que "hace la plaza", entra TODO... El poema no es más que la canasta de una mujer desesperada que va al mercado por los alimentos de sus hijos: SU CANASTA ESTA SIEMPRE ABIERTA A TODO - y por ello a veces va por carne y regresa con apios, va por garbanzos y regresa con lentejas y, cuando escasea la leche, trae un puñado de yerbas... EL POEMA NO EXPRESA SIÑO EL HAMBRE DE SU EPOCA... Este dolor del hambre espiritual, en literatura, sólo puede ser satisfecho mediante la utilización de todo el material nutritivo posible y sin desperdiciar nada para la elaboración del poema - El poema en proceso de

serlo no hace más que romper eso denominado como "géneros" a fin de cohesionarlos en torno a un peso semántico (expresado por el habla): las formas narrativas, dramáticas y versificadas como las épicas y las ensayísticas no son más que "instrumentos" en la producción del texto que llamamos poema" (pp. 70-71).

El hambre totalizador y el vitalismo desmesurado de Verástegui encarnan al aliento mayor de la creación literaria, el que podemos hallar en las complejitas obras (con rasgos entremezclados de lo lírico, lo épico, lo dramático, lo ensayístico...) de Homero, Lucrecio, Virgilio, Dante, Cervantes, Shakespeare, Goethe, Víctor Hugo, Dostoievski, Tolstoi, Whitman, Baudelaire, Proust, Mann, Joyce, Brecht, Borges y Vallejo, ciñéndonos a autores culminantes.

Verástegui niega trascendencia histórica a los textos hechos conforme a las normas de la Academia, sujetos el Código que impera apoyado en formas artísticas ya desarrolladas a plenitud en el pasado, como tal clausuradas, agotadas en su savia histórica. Dichos textos conforman lo que Verástegui denomina sarcásticamente *Litera-Pura*, especialización "purista" de lo literario que se sitúa en el polo opuesto al texto total.

Luchar contra la Litera-Pura significa definirse de *Vanguardia* (pp.16 y 133). Conectando *Vanguardia* y *Revolución* (ya lo hacía en los años 20 José Carlos Mariátegui), Verástegui percibe esa pugna como "una lucha violentísima entre fuerzas regresivas y fuerzas progresivas... una manifestación de la lucha de clases en el terreno literario" (p.9), en el nivel histórico; y como una expresión de la lucha sexual (motor de la vida, del deseo), en el nivel biológico (pp. 80-81). En ambos casos se trata de liquidar la muerte (meta del Deseo histórico y biológico) y conquistar la Vida.

A causa de ello el Poema plasma la rebelión y deviene en germen de la sociedad sin clases.

El papel de la Ficción (la literatura re-crea lo real, refleja transformada la experiencia histórico-social) no es otro que canalizar el Deseo-histórico y biológico-de Vida, encarnarlo en la página y en la lectura de ella, porque el texto es sobre todo comunicación, para Verástegui. Estamos lejos de la superficial teoría artística del reflejo, defundida por muchos marxistas y canonizada por el Realismo Socialista; conforme lo entendieron Brecht y Vallejo, la re-elaboración ficcional modifica la experiencia para desnudar mejor su realidad profunda.

Al motor del deseo, entendido como plenitud del cuerpo (de la materialidad del espíritu), Verástegui lo bautiza como *orgasmóvil* (pp. 16, 42, 63, 65 y 81). Flaubert habló de la creación literaria como una orgía perpetua (postura asumida por Vargas Llosa, perseguidor de la *Novela Total*); según Verástegui, no sólo el acto de escribir, también el texto resultante debe ser un orgasmo que pulveriza todo cinturón alienante.

Libro importante, necesario en nuestra superpoblada república de poetas escasamente vitales, en lo histórico y lo biológico. Medio siglo después Verástegui retoma el fuego liberador que encendió Vallejo. En la actualidad, nadie como él pone en jaque la poesía peruana.

JOSE MATOS MAR

Taquile
en Lima

SIETE FAMILIAS CUENTAN...

PEDIDOS: Juan de Aliaga 452, Lima 17 Teléfono 620040